

AÑO XXIII, NÚMERO 89-90, VERANO-OTOÑO 2022

# istor

89-90

REVISTA DE HISTORIA INTERNACIONAL



## Ucrania: la belleza

Soledad Jiménez Tovar (editora)

Marco Puleri, Naomi Caffee, Annika Genel Gallardo,  
Aidén Jiménez, Alfonso Salas, Alexis Herrera, Mary Mycio,  
José Abraham de la Cruz Ramírez, Jean Meyer,  
Violeta Barrientos Nieto, Francisco Javier Acosta Martínez,  
Svetlana Tijanovskaia, Nicolás Ortuño Hidalgo, Alina Dadaeva,  
Gulzinat Mensitova, Mykola Riabchuk y Karen López Murillo



9 771665 171015

\$ 100.00

22 ANIVERSARIO



Director fundador Jean Meyer

Director David Miklos

Editora de este número Soledad Jiménez Tovar

Consejo editorial Catherine Andrews,  
Luis Barrón, Adolfo Castañón, Clara García,  
Luis Medina, Pablo Mijangos, Rafael Rojas,  
Antonio Saborit y Mauricio Tenorio

Diseño editorial Natalia Rojas

Corrección Sandra Barba  
y Nora Matadamas

Consejo honorario

Yuri Afanasiev † Universidad de Humanidades, Moscú

Carlos Altamirano Editor de la revista *Prisma* (Argentina)

Pierre Chaunu † Institut de France

Jorge Domínguez Universidad de Harvard

Enrique Florescano Secretaría de Cultura

Josep Fontana † Universidad de Barcelona

Luis González † El Colegio de Michoacán

Charles Hale † Universidad de Iowa

Matsuo Kazuyuki Universidad de Sofía, Tokio

Alan Knight Universidad de Oxford

Seymour Lipset † Universidad George Mason

Olivier Mongin Editor de *Esprit*, París

Manuel Moreno † Universidad de La Habana

Daniel Roche Collège de France

Stuart Schwartz Universidad de Yale

Rafael Segovia † El Colegio de México

David Thelen Universidad de Indiana

John Womack Jr. Universidad de Harvard

- *Istor* es una publicación trimestral de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).
- El objetivo de *Istor* es ofrecer un acercamiento original a los acontecimientos y a los grandes debates de la historia y la actualidad internacional.
- Las opiniones expresadas en esta revista son responsabilidad de sus autores. La reproducción de los trabajos necesita previa autorización.
- Los manuscritos deben enviarse a la División de Historia del CIDE. Su presentación debe seguir los atributos que pueden observarse en este número.
- Todos los artículos son dictaminados.
- Dirija su correspondencia electrónica al editor responsable: david.miklos@cide.edu
- Puede consultar *Istor* en internet: ecos.cide.edu
- Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C., Carretera México-Toluca 3655 (km 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210, Ciudad de México.
- Certificado de licitud de título: 11541 y contenido: 8104.
- Reserva del título otorgada por el Indautor: 04-2000-071211550100-102
- ISSN: 1665-1715
- Impresión: Impresión y Diseño, Suiza 23 bis, Colonia Portales Oriente, 03570, Ciudad de México.
- Contacto: 5550814003 / 57279800 ext. 6091 editorial@cide.edu



Portada: *Sin título* (2022), ilustración digital realizada en exclusiva para *Istor* por Karen López Murillo (Instagram: @kar\_ennjoy).

ISTOR, palabra del griego antiguo y más exactamente del jónico. Nombre de agente, istor, “el que sabe”, el experto, el testigo, de donde proviene el verbo istoreo, “tratar de saber, informarse”, y la palabra istoria, búsqueda, averiguación, “historia”. Así, nos colocamos bajo la invocación del primer istor: Heródoto de Halicarnaso.

## ÍNDICE

- 5 SOLEDAD JIMÉNEZ TOVAR, Presentación
- 9 UCRANIA: LA BELLEZA. Una entrevista a Hanna Deikun por Soledad Jiménez Tovar
- 15 MARCO PULERI, Las relaciones ruso-ucranianas en la encrucijada de la política del *nation-building* y las perspectivas de integración regional: ¿Dos vectores divergentes de evolución histórica postsoviética?
- 43 NAOMI CAFFEE, ¿Escribir en la lengua del enemigo? El pasado, presente y futuro de la literatura rusófona
- 49 ANNIKA GENEL GALLARDO, El panorama de la rusiedad y la ucraniedad en el siglo XXI
- 53 UCRANIA: LA BELLEZA (continuación)
- 57 AIDÉN JIMÉNEZ, Explorando la *Terra Incognita*
- 61 ALFONSO SALAS, Operaciones de la KGB contra Estados Unidos y Canadá en la Ucrania soviética, 1953-1991
- 67 ALEXIS HERRERA, Ucrania y el futuro de la guerra: Apuntes para una historia
- 97 UCRANIA: LA BELLEZA (continuación)
- 105 MARY MYCIO, Zonas de alienación... y renacimiento
- 123 SOLEDAD JIMÉNEZ TOVAR, Stalker: Ensayo en cinco actos
- 127 JOSÉ ABRAHAM DE LA CRUZ RAMÍREZ, Stalkerchik
- 129 UCRANIA: LA BELLEZA (continuación)
- 141 JEAN MEYER, Las iglesias en Ucrania
- 159 VIOLETA BARRIENTOS NIETO, Identidades nacionales en disputa: Genealogías y continuidades del conflicto entre Ucrania y Rusia
- 165 FRANCISCO JAVIER ACOSTA MARTÍNEZ, Los últimos días de la primavera
- 169 SVETLANA TIJANOVSKAIA, Manifiesto del Movimiento Antigüerra
- 177 UCRANIA: LA BELLEZA (continuación)

- 191 NICOLÁS ORTUÑO HIDALGO, Ucrania y la recuperación de una identidad históricamente ignorada
- 197 ALINA DADAeva, Apología de Mazepa: Una mirada alternativa al poema Poltava de Aleksandr Pushkin
- 211 GULZINAT MENSITOVA, El papel de los *kyrčbak* en la historia etnopolítica de la *Rus'* y el Imperio mongol (Edad Media Temprana)
- 229 MYKOLA RIABCHUK, White Skins, Black Languages: Traumatic Experiences of Colonial Subjugation
- 255 UCRANIA: LA BELLEZA (final)
- 259 JEAN MEYER, Cajón de sastre
- 269 KAREN LÓPEZ MURILLO, Resistiendo
- 273 Colaboradores

# LAS RELACIONES RUSO-UCRANIANAS EN LA ENCRUCIJADA DE LA POLÍTICA DEL *NATION-BUILDING* Y LAS PERSPECTIVAS DE INTEGRACIÓN REGIONAL

¿Dos vectores divergentes de evolución histórica postsoviética?

*Marco Puleri*

## INTRODUCCIÓN

En su estudio relativo a la evolución política y social de los Estados postsoviéticos, intitulado emblemáticamente *Development and Dystopia* (“Desarrollo y distopía”), el politólogo ucraniano Mijaíl Minakov pone de relieve cómo la “novedad revolucionaria” de los años inmediatos al colapso de la URSS, en los cuales “nuevos regímenes tomaban forma del sueño y de la promesa de devenir sociedades modernas”, había cedido el paso, más recientemente, a la “investigación de lo antiguo, al retorno de un pasado sobre el cual no se ha reflexionado adecuadamente”.<sup>1</sup> Este renovado proceso de reflexión histórica está estrechamente ligado a la “promesa fallida” de la modernización postsoviética que ha favorecido la emergencia de un “ansia difusa” en la región respecto a la “falta de una identidad nacional fuerte que pueda superar el vacío ideológico dejado por el colapso del comunismo”.<sup>2</sup> En eso que Minakov describe como el “lenguaje de la distopía” postsoviética es el

Marco Puleri es profesor asistente senior en el Departamento de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad de Bolonia.

*Nota:* Este artículo apareció primero en italiano como: Marco Puleri, “Le relazioni russo-ucraine al crocevia tra politiche di nation-building e prospettive di integrazione regionale: verso due vettori divergenti di evoluzione storica post-sovietica?”, *Nazioni e Regioni: Studi e ricerche sulla comunità immaginata*, núm. 15, 2020, pp. 7-27. Agradecemos a la revista en cuestión por aprobar su traducción al español para su publicación en *Istor*. Traducido por Soledad Jiménez Tovar.

<sup>1</sup> M. Minakov, *Development and Dystopia: Studies in Post-Soviet Ukraine and Eastern Europe*, Stuttgart, Ibidem Press, 2018, p. 35.

<sup>2</sup> T. Zhurzhenko, “A Divided Nation? Reconsidering the Role of Identity Politics in the Ukraine Crisis”, *Die Friedens-Warte*, vol. 89, núm. 1/2, 2014, pp. 249-267, p. 249.

Estado el que ahora juega un rol crucial en la definición del “lenguaje autorrepresentativo del mundo contemporáneo”, empeñándose en “legitimar la supremacía de los propios intereses, con todos los medios a su disposición”.<sup>3</sup>

En el transcurso de la así llamada “crisis ucraniana”, iniciada en noviembre de 2013 con la ausente firma del acuerdo de asociación política y económica entre la Unión Europea y este país, el debate público en torno a las relaciones entre Rusia y Ucrania ha girado principalmente alrededor de la investigación de una legitimación internacional de las respectivas posiciones de sendos actores políticos. Estos han tomado forma a través de la recuperación de categorías que pertenecen, paradójicamente, a aquel “pasado sobre el que no se ha reflexionado adecuadamente”: nación, etnia, lengua y memoria colectiva han estado sujetas a un intenso proceso de resignificación que ha sido conducido principalmente por la élite política de los dos países.<sup>4</sup> Este proceso ha influido en la forma que ha tomado el lenguaje de las relaciones ruso-ucranianas, aunque a menudo ha oscurecido —sintomáticamente— el contenido político, acusando una supuesta discontinuidad histórica. En esta perspectiva se insertan las observaciones de Paul A. Goble,<sup>5</sup> estadounidense estudioso de las relaciones étnicas en el espacio postsoviético, quien subraya la centralidad del rol jugado por el imaginario geopolítico en la definición de los confines de los respectivos “proyectos nacionales” en el reciente debate entre actores políticos rusos y ucranianos.<sup>6</sup>

<sup>3</sup> Minakov, *op. cit.*, p. 57.

<sup>4</sup> Cfr. Aleksandr Rubtsov, “Postmodernizm v politike – prosto beda”, *Nezavisimaaia Gazeta*, 25 de marzo de 2014, en: [http://www.ng.ru/stsenarii/2014-03-25/14\\_chaos.html](http://www.ng.ru/stsenarii/2014-03-25/14_chaos.html) [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022]; M. Laruelle, “Russia as a ‘Divided Nation’ from Com-patriots to Crimea: A Contribution to the Discussion on Nationalism and Foreign Policy”, *Problems of Postcommunism*, vol. 62, núm. 2, 2015, pp. 88-97; A. Miller y P.W. Wert, “The ‘Ukrainian Crisis’ and Its Multiple Histories”, *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, vol. 16, núm. 1, 2015, pp. 145-148.

<sup>5</sup> P. Goble, “Russian National Identity and the Ukrainian Crisis”, *Communist and Post-Communist Studies*, vol. 49, núm. 1, 2015, pp. 37-43.

<sup>6</sup> En su estudio *La identidad nacional rusa y la crisis ucraniana*, Goble se respalda, en particular, en la dinámica de la retórica llevada adelante por la élite política rusa en relación con el proyecto nacional ucraniano: “Vladímir Putin, como muchos rusos, opera sobre la base del presupuesto, bastante resonado, de que la identidad rusa es antigua y fuerte [...] hace de la lengua, de la religión y de la historia los elementos centrales de la idea que trata de difundir. Todas estas características, si bien no son irrelevantes, son fuerzas de las condiciones necesarias, pero insuficientes, para la existencia de la identidad nacional rusa. Esto se ha hecho evidente no solo para muchos rusos sino también para los ucranianos: Putin se

En realidad, uno de los aspectos que a menudo escapan a la atención de los observadores internacionales es la función política fundamental que estas categorías identitarias tienen para garantizar la estabilidad interna en Rusia y en Ucrania. La legitimación de los respectivos proyectos nacionales ha representado siempre un nodo focal en el curso de la historia postsoviética, influyendo también en las dinámicas relacionales entre los dos actores: en los primeros años postsoviéticos la habilidad común de las élites rusa y ucraniana “de controlar a las masas, así como su sociopatía”<sup>7</sup> ha garantizado, además, una relativa estabilidad en las relaciones entre los dos actores geopolíticos; después también, con la sucesiva evolución de los respectivos “sistemas patronales”<sup>8</sup> —por un lado, “Ucrania ha estado sujeta cíclicamente a un cambio de un régimen a otro” mientras, por el otro lado, “Rusia se ha mantenido inmóvil bajo la presión de una estabilidad vertical de poder”—<sup>9</sup>. Como es propio a esta dinámica alterna de fragmentación y estabilidad política, se ha determinado un proceso continuo de reconfiguración de las relaciones entre Rusia y Ucrania y de los respectivos procesos postsoviéticos de *nation-building*. La continua redefinición del lenguaje autorrepresentativo adoptado por las respectivas élites ha terminado por influir, además, el diverso grado de apertura del debate público en torno a las cuestiones ligadas a las relaciones entre los dos actores geopolíticos.

Entre ambos países la cuestión nacional se ha centrado en los debates intelectuales y políticos de los años noventa: las medidas adoptadas en el curso de las últimas tres décadas han estado dirigidas a encontrar un equilibrio complejo de las relaciones, en primer lugar, entre el Estado y la sociedad y, en un segundo momento, entre las dos nuevas realidades nacionales. Entre la dinámica interna y la proyección internacional, la definición de la “cuestión ucraniana” (*ucraïns’ke pytannya*) y de la “cuestión rusa” (*russkii vopros*) permanece el día de hoy como un nodo fundamental para reconfigurar la interacción entre los dos actores en el escenario internacional. Si la centralidad de la cuestión identitaria ha sido ampliamente reconocida en lo

---

empeña en una guerra contra Ucrania, pero ha definido a los ucranianos como parte de la nación rusa y no como una nación separada” (Goble, *op. cit.*, p. 37).

<sup>7</sup> Minakov, *op. cit.*, p. 40.

<sup>8</sup> H. E. Hale, “25 Years After the USSR: What’s Gone Wrong?”, *Journal of Democracy*, vol. 27, núm. 3, 2016, pp. 24-35.

<sup>9</sup> Minakov, *op. cit.*, p. 41.

tocante al futuro de la reciente “crisis”, resulta en cambio ahora necesario subrayar que los orígenes de la actual parálisis diplomática profundizan las propias raíces en un proceso de largo aliento que tendría su génesis en 1991, con el colapso de la URSS y con la necesidad de reconfigurar un espacio cultural, social y político hasta aquel momento compartido. La trayectoria ambivalente recorrida por Ucrania y por Rusia en la edad postsoviética refleja un complejo proceso de redefinición de la herencia cuestionada de su encuentro histórico, revelando características de simetrías que divergen.

Si, por un lado, las categorías del lenguaje político a través de las cuales han tomado forma las relaciones internacionales ruso-ucranianas en el curso de los últimos tres decenios están firmemente ancladas a las definiciones de los respectivos “intereses nacionales”, por el otro, todavía en la era postsoviética esos intereses nacionales están siempre ligados al doble filo de las perspectivas de integración regional promovidas por los dos principales actores geopolíticos europeos: la Unión Europea y Rusia. En este enfoque emerge la centralidad de la proyección externa de los respectivos roles de los dos países en el proceso de redefinición “posimperial”, para tomar prestado el término de Igor Torbakov,<sup>10</sup> tanto para la Ucrania solo “subalterna” como para la Rusia “subalterna e imperial”. Si, para la primera, la idea clave de la revolución es *Maidan Nezalezbnosti* (“Plaza de la Independencia”) en Kyiv, iniciada en 2013 (que se ha convertido en la “batalla final entre la historia imperial y la [historia] nacional ucraniana”, orquestada con el apoyo de Occidente), en el caso de la Rusia postsoviética, habíamos presenciado la agudización de una actitud que muestra continuidad de su “tradición estatal-imperial”, propia del momento en que “las acciones de Occidente son percibidas como una agresión a la unidad de su civilidad y una constricción de su esfera de influencia”.<sup>11</sup> En este marco de referencia, ante los ojos de la élite política rusa, Ucrania no es más reconocida como un actor político autónomo, sino solo como “subalterno” a la Unión Europea.

<sup>10</sup> I. Torbakov, “Ukraine and Russia: Entangled Histories, Contested Identities and a War of Narratives”, en O. Bertelsen (ed.), *Revolution and War in Contemporary Ukraine: The Challenge of Change*, Stuttgart, Ibidem Press, 2016, pp. 89-120, p. 91.

<sup>11</sup> I. Kliamkin, “Rossiia i Ukraina (2014-2017). Patriotizm protiv prava? Ukraina na pereput'e revoliutsii i kontrrevoliutsii», *Gefter*, 11 de enero de 2018, en: <http://gefeter.ru/archive/23694> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].



De acuerdo con el politólogo ruso Igor Kliamkin,<sup>12</sup> son estas dinámicas las que sugieren hoy la emergencia de “dos vectores divergentes de evolución histórica postsoviética y su feroz confrontación”: por un lado, asistimos a la tentativa ucraniana “de dismantelar el sistema burocrático-oligárquico postsoviético y de transformarlo en un sistema de derecho”, mientras, por el otro lado, para el *establishment* ruso “el objetivo es preservar el sistema y reforzarlo para recuperar una continuidad con la tradición estatal-imperial”.

En este artículo, proponemos un análisis del largo periodo de las relaciones ruso-ucranianas en la era postsoviética (1991-2019), a través del prisma de la perspectiva de integración regional sostenida por los dos actores geopolíticos y de los respectivos procesos de *nation-building*. Al centro de esta reconstrucción histórica subyacen algunas cuestiones de fondo: *a)* ¿qué rol han jugado las perspectivas alternas de integración regional y los respectivos procesos de *nation-building* en la historia de las relaciones ruso-ucranianas en la era postsoviética?; *b)* a la luz de los recientes desarrollos, ¿podríamos hoy identificar el nacimiento de dos vectores divergentes de evolución postsoviética?; *c)* si sí, ¿qué significado tiene esta separación hacia adentro del espacio postsoviético entero?

#### UN ESPACIO IMPERIAL, REGIONAL Y NACIONAL: LAS RELACIONES INTERNACIONALES RUSO-UCRANIANAS Y LAS FORMAS MÚLTIPLES DEL ESPACIO POSTSOVIÉTICO

Un análisis atento de las dinámicas que han caracterizado las relaciones internacionales entre los dos países desde los años noventa no hace sino confirmar “la idea de que ha existido un claro orden postsoviético en la región”, y que este último simplemente se derrumbará con el fin de la crisis iniciada en 2013 —“eso será el aspecto más incomprendido de los orígenes del conflicto entre Rusia y Ucrania”—.<sup>13</sup> Si bien un nutrido grupo de observadores internacionales podría afirmar que los eventos de 2013-14 fueron determinados por factores externos,<sup>14</sup> el núcleo de la crisis de hoy nace de

<sup>12</sup> Kliamkin, *op. cit.*

<sup>13</sup> T. Kuzio y P. D'anieri, *The Sources of Russia's Great Power Politics: Ukraine and the Challenge of the European Order*, Bristol, E-International Relations, 2018, p. 61.

<sup>14</sup> R. Sakwa, *Frontline Ukraine: Crisis in the Borderlands*, London, I.B. Tauris, 2014; J.J.

las visiones discordantes y mutables en virtud de la naturaleza geopolítica del espacio postsoviético. Si 1991 ha señalado la caducidad de la URSS y, con ello, un sistema compartido de relaciones internas entre territorios, pueblos y culturas que perduraba —aunque en forma y declinaciones diversas— desde la etapa imperial, en el transcurso de los años sucesivos parecían configurarse como un verdadero momento de ruptura para la región entera, que ha vivido la subsecuencia de continuos y repetidos reordenamientos y retracciones a nivel político. En el caso de 2014, el historiador Andreas Kappeler llegó a afirmar que “el pasado imperial” estaba “aún vivo”, representando “un importante factor político en el espacio postsoviético”.<sup>15</sup>

En el caso del impugnado encuentro histórico entre Rusia y Ucrania, el colapso de la URSS ha reclamado alternativamente el rol del momento de continuidad o de discontinuidad con el “pasado imperial”: la necesidad de Rusia de redefinir la propia posición en el espacio postsoviético como neo-Estado (multi-)nacional y potencia regional es confrontada con la dificultad de Ucrania para consolidar la recién adquirida soberanía territorial vía la independencia política del viejo “centro”. En el transcurso de las últimas tres décadas, las relaciones entre los dos países han asumido siempre la forma de una interacción “asimétrica”; por su parte, Rusia ha asumido su rol de “gran potencia que reivindica la herencia del imperio ruso y de la Unión Soviética, con grandes recursos y una economía relativamente próspera”, mientras Ucrania está ubicada en la posición de una “potencia de segundo nivel, sin una tradición estatal continua, con pocos recursos y notables problemas económicos”.<sup>16</sup>

La evidencia de este precario equilibrio viene de la fortuna variable de la perspectiva de (re)integración regional que ha caracterizado las relaciones entre Rusia y Ucrania en el curso de los años que han seguido al nacimiento del espacio postsoviético (y que han precedido la reciente “crisis”). Es indudable que, inicialmente, la alianza entre el entonces líder de la República

---

Mearsheimer, “Why the Ukraine Crisis Is the West’s Fault: The Liberal Delusions that Provoked Putin”, *Foreign Affairs*, September/October, 2014, en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/russia-fsu/2014-08-18/why-ukrainecrisis-west-s-fault> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

<sup>15</sup> A. Kappeler, “Ukraine and Russia: Legacies of the Imperial Past and Competing Memories”, *Journal of Eurasian Studies*, núm. 5, 2014, pp. 107-115, p. 108.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 109.

Socialista Soviética de Ucrania (RSSU), Leonid Kravchuk, y el de la República Socialista Federativa Soviética Rusa (RSFSR), Borís Yeltsin, constituyó uno de los factores decisivos para el colapso de la URSS, liderada por Mijaíl Gorbachov en diciembre de 1991. Como recuerda emblemáticamente Kappeler: “Moscú (el presidente de Rusia) combate junto con Kyiv (el presidente de Ucrania) contra otra Moscú (el presidente de la Unión Soviética)”.<sup>17</sup> Más aún, tras el nacimiento del primer proyecto de integración del espacio postsoviético, la Comunidad de Estados Independientes (CEI), el carácter asimétrico de las relaciones entre los dos países comenzó a acentuarse.

La CEI surgía formalmente el 8 de diciembre de 1991 con la firma del Acuerdo de Belavezha entre los líderes de Bielorrusia, Ucrania y la RSFSR, sancionando *de facto* la disolución de la URSS como sujeto de derecho internacional y como realidad geopolítica. Por un lado, viene la CEI promovida por Borís Yeltsin (1991-1999) como la plataforma ideal para relanzar a la neonata Federación Rusa al centro de un proyecto de reintegración del espacio económico y político regional postsoviético, mientras, por el otro lado, viene una claramente muy cautelosa aceptación de la élite política ucraniana. En enero de 1993 el entonces presidente ucraniano Leonid Kravchuk (1991-1994) se abstiene de firmar el Estatuto de la CEI, que definía los requisitos mínimos para la adhesión de los Estados miembros, mientras que en mayo del mismo año Ucrania se comprometió con el proyecto de integración económica promovido por Rusia en el seno de la CEI solo como miembro asociado.

A pesar del escenario geopolítico problemático y disfuncional —entre disputas territoriales y cuestiones económicas— en el cual la CEI tomó forma, en el transcurso de los años noventa este organismo internacional, constituido por nueve de las quince exrepúblicas soviéticas, representó una plataforma de diálogo útil para garantizar la cooperación entre la Federación Rusa y Ucrania, entonces guiada por Leonid Kuchma (1994-2005), acerca de las principales cuestiones ahora en suspenso: entre ellas, emblemáticamente recordemos la innombrable presencia, ya desde estos años, del litigio relativo a la pertenencia de Crimea y de la base naval de Sebastopol, y la cuestión relativa al control del arsenal nuclear en el territorio ucraniano. Si este último nudo fue resuelto para diciembre de 1994 con la firma de los

<sup>17</sup> Kappeler, *op. cit.*, p. 108.

acuerdos trilaterales entre Rusia, Reino Unido y Estados Unidos, así como el Memorándum de Budapest, que observaron la renuncia de la parte ucraniana al propio arsenal nuclear a cambio de una garantía de seguridad en mérito de la propia soberanía e integridad territorial, la cuestión relativa a Crimea es aparentemente aplanada con la firma del Tratado de Amistad entre Rusia y Ucrania, en marzo de 1997, y con el sucesivo Tratado de Partición bajo los Estatutos y Condiciones de la Flota del Mar Negro, firmado en mayo de aquel año. La urgencia de ambas cuestiones desde los primeros años postsoviéticos evidenciaba ya la problemática y las preocupaciones de Ucrania en materia de seguridad nacional que se mantuvieron con toda su complejidad en ocasión de la llamada “crisis ucraniana” de 2013-2014.<sup>18</sup>

Fundamentalmente, las motivaciones que han influido en los resultados fluctuantes del proceso de diálogo entre los dos países durante los primeros años postsoviéticos se han convertido en una asimetría de fondo que guía esas relaciones. Por una parte, la Ucrania “subalterna” se encontraba en la

<sup>18</sup> No es casual que el Memorándum de Budapest y el Tratado de la Partición de la Flota del Mar Negro se han tornado el centro de debate inmediatamente después de la disputada anexión de Crimea a Rusia en marzo de 2014, por la acusación de violaciones de los acuerdos promovidos entre ambas partes. Si, por una parte, Ucrania sostiene que Rusia había violado todas las cláusulas principales del Memorándum relativo al respeto de su integridad territorial (MFAU, “Pavlo Klimkin Made it Clear Which Provisions of Budapest Memorandum Have Been Violated by Russia”, *Ministry of Foreign Affairs of Ukraine*, 30 de enero de 2016, en: <https://mfa.gov.ua/en/news/44373-glava-mzs-ukrajini-proponuje-provestikon-sulytaci-za-uchasti-vsih-storin-budapeshtsykogo-memorandumu> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022]), por la otra, esta última ha repetido en varias ocasiones, que no ha habido violación alguna por parte de Rusia, haciendo una particular referencia a las cláusulas 4 y 5 de los acuerdos en materia de uso de armas nucleares, y que ha sido la misma Ucrania quien ha violado principios cardinales de la Organización para la Seguridad y la Cooperación para Europa (OSCE) —a la cual hace referencia el documento— por haber violado los derechos de la minoría étnica y lingüística rusa en el país (TASS, “Lavrov Responds to Accusations of Russia’s Violating Budapest Memorandum”, 10 de febrero de 2016, en: <https://tass.com/politics/855625> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022]). La cuestión relativa al estatus de la flota del Mar Negro ha devenido, ahora, más compleja y debatida en el transcurso de los años dos mil: si los acuerdos de 1997 garantizaban a Rusia cerca de 80 por ciento de la flota soviética del Mar Negro y el uso del puerto de Sebastopol hasta 2017 —periodo extendido hasta 2042 con base en los acuerdos sucesivos de Jarkiv (2010) firmados por los entonces presidentes de ambos países, Víktor Yanukóvich y Dmitrii Medvedev, a cambio de un precio favorable en la compra de gas en Ucrania— estos últimos han sido anulados unilateralmente por Rusia en marzo de 2014 inmediatamente después de la reciente “crisis”, y, en diciembre de 2018, el entonces presidente ucraniano Petró Poroshenko ha firmado una ley que ha determinado la terminación del Tratado de Amistad entre Rusia y Ucrania, después expirado en marzo de 2019.

necesidad de “balancear la soberanía y la independencia recién adquiridas con el mantenimiento de las relaciones económicas con Rusia, a fin de garantizar la sostenibilidad económica del nuevo Estado”,<sup>19</sup> en particular, a la luz de la dependencia energética de esta última. Por la otra, la Rusia “imperial” comenzaba a “reafirmar el propio control de los Estados miembros de la CEI, utilizando principalmente el instrumento económico”,<sup>20</sup> y respondía a las instancias compartidas entre gran parte de la élite política nacional, que desde los primeros años postsoviéticos “no reconocía a Ucrania como un socio paritario”,<sup>21</sup> contestando ásperamente a su soberanía territorial. Al final, la Rusia “subalterna” miraba la integración de Ucrania como un paso estratégico para favorecer las nuevas relaciones con Occidente: desde el punto de vista económico, en virtud de su dependencia de gasoductos ucranianos para el transporte de los hidrocarburos a Europa central; del lado geopolítico, el fin de garantizar la continuidad histórica de la propia identidad territorial.

Estas dinámicas de fondo han sido una constante en las relaciones ruso-ucranianas en la era postsoviética, y adquieren mayor relevancia en el curso de los años dos mil, en el momento en que Ucrania se ha enfrentado a la necesidad de definir su posición en relación con dos procesos de integración regional en competencia, guiados, respectivamente, por la Unión Europea y por la Federación Rusa. Paradójicamente, la condicionalidad normativa en materia de democratización y Estado de derecho impuesta por la primera servía de mostrador de la condicionalidad económica impuesta por la segunda para vincular a Ucrania a las perspectivas de integración postsoviética. En este complejo marco de referencia de relaciones ruso-ucranianas, como han descrito brillantemente Dragneva y Wolczuk,<sup>22</sup> en el curso de los años por venir “la élite ucraniana a cargo ha definido los intereses nacionales en términos de los beneficios que podían derivar de perpetuar el comercio y la dependencia energética hacia Rusia y han ofrecido concesiones

<sup>19</sup> R. Dragneva y K. Wolczuk, “Between Dependence and Integration: Ukraine’s Relations with Russia”, *Europe-Asia Studies*, vol. 68, núm. 4, 2016, pp. 678-698, p. 683.

<sup>20</sup> F. Privitera, “Dalla disgregazione dell’URSS alla crisi ucraina: autodeterminazione e sovranità nello spazio post-sovietico”, en S. Bianchini y A. Fiori (eds.), *Russia e Cina nel mondo globale: Due potenze fra dinamiche interne e internazionali*, Roma, Carocci, 2018, pp. 15-28, p. 17.

<sup>21</sup> Kappeler, *op. cit.*, p. 109.

<sup>22</sup> Dragneva y Wolczuk, *op. cit.*, p. 679.

a Rusia solo para evitar el descontento causado por la revocación de los beneficios económicos”.

La inestabilidad política interna de Ucrania, caracterizada por dos ciclos revolucionarios —con la Revolución Naranja de 2004-2005 y la Revolución del Euromaidan de 2013-2014, y la subida al poder de Vladímir Putin (2000-2008; 2012-) en Rusia—, ha determinado el carácter mutable de estos intereses. En los primeros años de la presidencia de Putin, la ratificación del tratado de institución de la Comunidad Económica Eurasiática (EAEC o EurSsEc) en 2001, que comprendía a Rusia, Bielorrusia, Kazajistán, Kirguistán y Tayikistán, marcaba el inicio de un nuevo plano de integración bajo la guía rusa, ahora más explícito. Si en aquellos años Kuchma aún contaba con un relativo consenso político interno que le consentía formalizar, en 2002, el rol de Ucrania como un simple Estado observador, ya en 2003, cuando Rusia lanzó el proyecto de un espacio económico común bajo el modelo del mercado único europeo, con Kazajistán, Bielorrusia y Ucrania, el entonces presidente se encontraba de nuevo en las condiciones de aprobar la ratificación de los acuerdos preliminares, a fin de asegurarse el sostenimiento político de Rusia en el convulso periodo que fue caldo de cultivo previo a la mencionada Revolución Naranja el año siguiente.<sup>23</sup>

Esto último representó una divergencia verdaderamente profunda para las relaciones entre los dos países, con el paso del poder en Ucrania a una nueva élite política, guiada por Víktor Yúschenko (2005-2010). El nuevo presidente redirigió con decisión las perspectivas de integración de Ucrania con Occidente, dando inicio a las negociaciones para el Acuerdo de Asociación con la Unión Europea en 2007, pero “hizo muy poco para preparar los nuevos trámites de reforma de la economía del país y las consecuencias de esta reorientación”:<sup>24</sup> paradójicamente, la dependencia económica hacia Rusia comenzó a crecer hacia finales de su mandato. Fueron estas dinámicas las que hicieron de la integración a la UE una ambición de larga duración,

<sup>23</sup> Con el término *Revolución Naranja* se hace referencia al movimiento de protesta surgido en ocasión de las elecciones presidenciales en Ucrania del 21 de noviembre de 2004, cuya duración se prolongó hasta el año siguiente. En aquella ocasión, la victoria de Víktor Yanukóvich, el heredero designado por Kuchma, fue anulada por el fraude electoral y la Suprema Corte ucraniana ordenó que se realizaran nuevas elecciones —ganadas luego por el opositor Víktor Yúschenko.

<sup>24</sup> Dragneva y Wolczuk, *op. cit.*, p. 689.

que, en los albores de la crisis financiera de 2008, resultó no ser sostenible para la situación económica de Ucrania.

La sucesiva elección de Víktor Yanukóvich (2010-2014) implicó reorientar nuevamente a Ucrania hacia los proyectos de integración de guía rusa: la nueva Unión Aduanera entre Rusia, Bielorrusia y Kazajistán, creada en 2010 —un año después se lanzaba la Asociación Oriental en el seno de la UE, orientada a seis países postsoviéticos (Azerbaiyán, Armenia, Bielorrusia, Georgia, Moldavia y Ucrania)—, representaba la base para una nueva plataforma útil para reconfigurar las relaciones económicas entre los Estados de la región, previendo ya la sucesiva evolución de un Espacio Económico Común en 2012 y, al final, la futura Unión Económica Eurasiática (UEE) para 2015. Así, en 2011 iniciaron los tratados entre Rusia y Ucrania para el ingreso de esta última al nuevo proyecto vinculante y exclusivo de integración. Más aún, el nuevo liderazgo ucraniano perseguía una línea política ambigua y oscilante, que parecía prolongar el binomio de la potencial integración a dos proyectos concurrentes, representados por la UE y la UEE, con el fin de obtener mejores condiciones de los dos interlocutores: en realidad, se trataba esencialmente de la enésima tentativa de la élite política ucraniana de encontrar una “tercera vía” en las relaciones con la Federación Rusa. El objetivo era explotar la posición privilegiada de Ucrania en materia de relaciones comerciales y energéticas y liberar a este país de una vinculación exclusiva con los proyectos de integración de orientación rusa. Esta exclusividad, a la larga, habría penalizado la ya precaria soberanía política y territorial del país. La seriación de guerras comerciales contiguas, relativas al precio de la compra de gas por Ucrania (2006, 2009) y a las exportaciones ucranianas a Rusia (2013), apuntaron, sin embargo, el arribo de la ruptura definitiva de las relaciones entre ambos países al surgimiento de la Revolución del Euromaidan: no fue casualidad que las protestas en la capital ucraniana surgieran en noviembre de 2013 después de la falta de la firma del Acuerdo de Asociación entre el país y la UE en ocasión de la Cumbre de la Sociedad Oriental en Vilna, en respuesta a la decisión del *establishment* político ucraniano de retrasar el proyecto de integración europea a cambio de un conveniente préstamo económico acordado con la élite rusa.

La dura reacción del Kremlin a la fuga de Yanukóvich del país y a la victoria del frente revolucionario en febrero de 2014, la controversial anexión

de Crimea y el inicio de la guerra en la región del Dombás fueron vistas, así, como el resultado de un proceso de larga duración, iniciado en 1991 y derivado en la reconfiguración de las relaciones de poder entre Ucrania y Rusia en el espacio postsoviético. En particular, en el caso de Ucrania la fluidez y el repentino cambio de dirección en cuanto a la política de integración regional en el transcurso de los años dos mil han determinado la alternancia a la presidencia del país de diferentes grupos de poder oligárquicos. Debido al rol estratégico de Ucrania como “puente” entre el Este y el Oeste, la política internacional colocaba a la élite ucraniana en un camino controvertido y no siempre lineal. Los presidentes ucranianos que fueron sucediéndose en el poder han debido siempre gestionar, en primer lugar, “las relaciones con Rusia a fin de garantizar beneficios económicos específicamente requeridos por los oligarcas (como el acceso al mercado ruso y la reducción de los precios de la energía para la industria debido a la alta necesidad energética de Ucrania) que, en cambio, han facilitado la supervivencia política de los sucesivos presidentes.”<sup>25</sup> Estas dinámicas son suficientes para explicar el escenario en el cual ha madurado la reciente crisis en las relaciones entre la élite política rusa y la ucraniana. No obstante, hay un aspecto ulterior que merece atención: el impacto que estos procesos políticos han recibido por la construcción de la respectiva identidad territorial y nacional en los dos países.

#### HACIA UNA POLÍTICA ESPECULAR DEL *NATION-BUILDING* EN EL NUEVO (DES)ORDEN POSTSOVIÉTICO

A la luz de la reciente parálisis diplomática en las relaciones entre Rusia y Ucrania, hoy<sup>26</sup> asistimos a una nueva fase de verdadera y propia reconfiguración de las respectivas “cuestiones nacionales”, aunque en este caso revelan características asimétricas y divergentes. En esta sección consi-

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 681. A los intereses mutables de las élites locales y a la prolongación de las dificultades de trato entre Ucrania y Rusia por la reintegración regional se suman, claramente, otros dos factores que faltan ser objeto de mi tratamiento: *a*) las relaciones entre Ucrania y la Unión Europea; *b*) las complejas relaciones entre la Unión Europea y Rusia. Para un análisis detallado véase: R. Dragneva y K. Wolczuk, *Ukraine Between the EU and Russia: The Integration Challenge*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2015; M. Puleri, “Engaging with European (Dis-)Integration: Russia in Dialogue with Europe/s”, en S. Bianchini S. y A. Fiori (eds.), *Rekindling the Strong State in Russia and China: Domestic Dynamics and Foreign Policy Projections*, Leiden-Boston, Brill, 2020a, pp. 298-322.

<sup>26</sup> El hoy de este artículo es el de 2020 (N. de la T.).



deramos útil enfocar nuestra atención en la función política de las principales narrativas nacionales promovidas por las respectivas élites políticas de sendos países en el curso de los años postsoviéticos, en vez de abocarse a una profunda reconstrucción histórica. El patrimonio de las narraciones relativas al encuentro histórico ruso-ucraniano es vasto y contradictorio y, como ha sugerido Torbakov, es solo a través del estudio atento de los rasgos característicos de los dos países postsoviéticos —como “el grado de homogeneidad sociocultural de Ucrania y de Rusia”,<sup>27</sup> el rol distinto jugado por el regionalismo y “la actitud de los ucranianos y de los rusos en la confrontación del Estado y de la revolución”— que podríamos reconocer la trayectoria especular que sostienen las dinámicas de autodescripción en los discursos políticos aportados por ambos países en el curso de la última década (son funcionales a la estabilidad interna o, alternativamente, a la polarización y a la disputa en el vecindario postsoviético). Este tipo de enfoque se revela esencial para comprender la dinámica interna relativa a la construcción de las respectivas identidades nacionales y territoriales que habían contribuido al agravamiento de las fricciones políticas y económicas en las relaciones entre los dos países.

En el transcurso de su historia reciente, la élite política de la Federación Rusa se ha encontrado en un punto muerto ideológico, volviendo a mirar y reelaborando repetidamente la nueva idea nacional en una acepción cívica (*rossiskaia*) o étnica (*rusaskaia*).<sup>28</sup> Como bien ha observado lúcidamente Sergei Sergeev<sup>29</sup> en su monografía, que lleva el emblemático título *Rusaskaia natsiia, ili Rasskaz ob istorii ee otsutstviia* (“La nación rusa, o el cuento sobre su esencia”): “detrás de esta dinámica se esconde la lógica misma de la historia rusa”, en tanto “no es un caso [de extrañarse o sorprenderse] que en la historiografía rusa se prefiera describir la historia del Estado ruso (*rossiskii*) y

<sup>27</sup> Torbakov, *op. cit.*, p. 96.

<sup>28</sup> Cfr. O. Shevel, “Russian Nation-building from Yel’tsin to Medvedev: Ethnic, Civic or Purposefully Ambiguous?”, *Europe-Asia Studies*, vol. 63, núm. 2, 2011, pp. 179-202; H. Blakkisrud, “Blurring the Boundary between Civic and Ethnic: The Kremlin’s New Approach to National Identity under Putin’s Third Term”, en H. Blakkisrud y P. Kolstø (eds.), *The New Russian Nationalism. Imperialism, Ethnicity and Authoritarianism 2000-15*, Edinburgh, Edinburgh University Press, 2016, pp. 249-274.

<sup>29</sup> S. Sergeev, “Kak vozmozhna rusaskaia natsiia?”, *Gefter*, 8 de febrero de 2017, en: <http://gefter.ru/archive/21085> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

presentarla como la historia del pueblo ruso (*russkii*).<sup>30</sup> Es por medio de la pesada herencia histórica de la experiencia zarista y soviética que han oscilado siempre “entre las prácticas imperiales/coloniales y las prácticas nacionalizantes”<sup>31</sup> que hoy “grupos de nacionalistas de diversa naturaleza —nacionalistas cívicos, etnonacionalistas, imperialistas (*impertsii*), eurasiastas— parecen estar en una condición hobbesiana de *bellum omnium contra omnes*, mientras la élite política del Kremlin pragmáticamente elige de tanto en tanto estos variados nacionalismos para perseguir sus propios fines políticos”. En esta óptica podríamos interpretar la conceptualización de la idea nacional rusa entre un acto del *establishment* político del país como un “juego de equilibrio”,<sup>32</sup> abocado a “promover la multinacionalidad de la nación rusa y al mismo tiempo exaltar la ruseidad de los símbolos culturales e históricos de Rusia”.

Al contrario de lo ocurrido en otras realidades nacionales tras el colapso de la Unión Soviética, son numerosas las razones que obstaculizan “la aceptación universal de una identidad centrada en la etnia”<sup>33</sup> en el “Estado multinacional ruso”, así como la ha definido Vladímir Putin<sup>34</sup> en un artículo publicado poco antes de su reelección a la Presidencia de la Federación Rusa, en 2012, intitulado *Rusia: la cuestión nacional (Rossiia: Natsional'nii vopros)*: en primer lugar, la estructura etnofederal y el vestigio del discurso

<sup>30</sup> El agregado entre corchetes es de la traductora y no de Puleri. Aquí Sergeev está presentando una ambigüedad derivada del hecho de que existirían dos palabras en lengua rusa que traducimos al español (y en muchas otras lenguas), ambas, como “ruso”: *russkii*, que hablaría de la ruseidad en su sentido étnico, y *rossiskii*, que hablaría de la ruseidad en su sentido cívico y territorial. Existe la propuesta de traducir *russkii* como “ruso” y *rossiskii* como “rusiano”, pero no lo usé en esta traducción porque en el original en italiano se traducen ambos términos como “ruso”. Véase una discusión pormenorizada de este problema de traducción en S. Jiménez Tovar, *Manifiesto Rusiano: Crónica de un logocidio*, Ciudad de México, Bonilla Artigas, 2022 (N. de la T.).

<sup>31</sup> I. Torbakov, *After Empire: Nationalist Imagination and Symbolic Politics in Russia and Eurasia in the Twentieth and Twenty-First Century*, Stuttgart, Ibidem Press, 2018, p. 21.

<sup>32</sup> M. Laruelle, “Putin’s Regime and the Ideological Market: A Difficult Balancing Game”, *Carnegie Endowment for International Peace*, 16 de marzo de 2017, en: <http://carnegieendowment.org/2017/03/16/putin-s-regime-and-ideological-market-difficult-balancinggame-pub-68250> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

<sup>33</sup> Blakkisrud, *op. cit.*, p. 267.

<sup>34</sup> V. Putin, “Rossiia: Natsional'nii vopros”, *Nezavisimaja Gazeta*, 23 de enero de 2012, en: [http://www.ng.ru/politics/2012-01-23/1\\_national.html](http://www.ng.ru/politics/2012-01-23/1_national.html) [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

etnopolítico heredado del régimen soviético. Si, por una parte, el nacionalismo ruso representa un peligro para la estabilidad de un país en el que una quinta parte de la población pertenece a una minoría nacional, por la otra, las recientes amenazas que dejaron la cuestión chechena y la siberiana para su integridad territorial, en cuanto a la frontera meridional y oriental respectivamente, sugieren la máxima cautela. Justo por estas razones, el Kremlin ha ido gradualmente promoviendo el modelo autorrepresentativo de “Estado-civilidad”. Como sostiene Torbakov<sup>35</sup> en su estudio intitulado *After Empire: Nationalist Imagination and Symbolic Politics in Russia and Eurasia in the Twentieth and Twenty-First Century* (“Después del imperio: imaginación nacionalista y política simbólica en Rusia y Eurasia en los siglos XX y XXI”), la noción de “Estado-civilidad” hace un esfuerzo “consciente por superar el dilema creado por la rígida dicotomía imperio-nación”. Además, si bien, según la élite política, “la noción de ‘civilidad’ aparece privada de connotaciones expansionistas”,<sup>36</sup> esta última ha tenido la importante función de paradigma legitimador al interior del país y, al mismo tiempo, ha sostenido la externalización del conflicto interno *allende* los confines de la Federación Rusa, pero *dentro* de los lábiles confines del “espacio cultural ruso”.

En particular, el complejo proceso de teorización de la existencia de un “mundo ruso” (*ruskii mir*), es decir, de una “civilidad” que abraza a Europa y Asia sobre la base de una lengua y símbolos culturales compartidos, daría indicios de una gradual afirmación de este modelo autorrepresentativo. La impugnada interpretación de este concepto ideológico, que fue en origen “creado como una alternativa al nacionalismo y al imperialismo en cualquier forma” y está hoy “estrechamente identificado con este último”,<sup>37</sup> contribuiría a comprender la fluidez del repertorio ideológico adoptado por el Kremlin en el transcurso de los años postsoviéticos. Como señala Mijaíl Nemtsev,<sup>38</sup> el origen de la idea del “mundo ruso” está profundamente arraigado en el contexto histórico de los últimos años soviéticos, cuando el historiador y filósofo Mijaíl Guefter introdujo la idea del *ruskii mir* en su

<sup>35</sup> Torbakov, *After Empire...*, p. 5.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 26.

<sup>37</sup> M. Nemtsev, “Rethinking the ‘Russian World’”, *Riddle*, 8 de abril de 2019, en: <https://www.ridl.io/en/rethinking-the-russian-world/> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

<sup>38</sup> *Idem*.

análisis de la “perspectiva futura de la Unión Soviética” al interior de la historia mundial, interpretándola como “una posibilidad para la humanidad de salvarse de la autodestrucción” que podía ser acelerada en el aliento nacionalista ahora en auge.<sup>39</sup> Durante la década de 1990, el concepto fue adaptado para idear una “nueva autoconciencia rusa para el pueblo postsoviético”,<sup>40</sup> noción que, aunque vaga y universal, fue útil para relanzar las políticas de reintegración económica y política de la era yeltsiniana. Fue solo en los años dos mil, con la consolidación del poder autoritario en la Rusia de Putin, que habíamos asistido a la verdadera apropiación política de este concepto filosófico por parte del Kremlin y a la transformación de su “régimen universal” de los orígenes, legándolo, a doble filo, “a los confines geográficos de la ex-Unión Soviética”.<sup>41</sup> Si ya hacia finales de los años noventa, los filósofos y entonces consejeros ideológicos del Kremlin, Gleb Pavlovskii y Piotr Schedrovitskii, habían contribuido al *revival* del término en la etapa postsoviética para la definición de una nueva línea política volcada a definir la estrategia de Rusia al interior de la CEI, es con el primer mandato putiniano que el concepto del “mundo ruso” ha sido adoptado por las agencias gubernamentales para perseguir varios objetivos estratégicos: en primer lugar, la definición de la política de Rusia en el así denominado “extranjero vecino” (*blizhnee zarubezh'e*) —una “construcción oximorónica”<sup>42</sup> que en este punto ha comenzado a formar parte del léxico político de Rusia para definir el espacio postsoviético y postsocialista que un tiempo estuvo bajo la influencia y el dominio rusos—; además, para estructurar las interacciones de la federación con la diáspora rusa en el mundo; y, finalmente, como modelo para las relaciones públicas y para la promoción ideológica a escala global. Así, para junio de 2007, la creación

<sup>39</sup> “Guefter ha definido que esta alternativa, el ‘mundo de mundos’ (*mir mirov*), incluiría en sí diversas comunidades o ‘mundos’ formados históricamente en torno a grandes culturas progenitoras [...] Por lo tanto, el ‘mundo ruso’ [...] puede existir y ser comprendido solamente en relación con los otros mundos, y cuyos confines son nulos en comparación con los confines del Estado. En esencia, el ‘mundo ruso’ no puede ser delegado a ninguna definición estrechamente territorial, ni tampoco a ninguna forma específica de autoridad”. *Idem.*

<sup>40</sup> *Idem.*

<sup>41</sup> *Idem.*

<sup>42</sup> K.M.F. Platt, “Eccentric Orbit: Mapping Russian Culture in the Near Abroad”, en S. Turoma y M. Waldstein (eds.), *Empire De/Centered: New Spatial Histories of Russia and the Soviet Union*, Farnham, Ashgate, 2013, pp. 271-296, p. 277.

de la fundación *Russkii Mir*, bajo la égida del Ministerio de Asuntos Exteriores y del Ministerio de la Educación y la Ciencia, ha sostenido la apertura de la idea de un “mundo ruso” “no solo en colores que se consideran parte activa de este mundo, sino también en la entera civilidad moderna”<sup>43</sup> a nivel global. No es casualidad que el término haya sido utilizado por el presidente Putin en el célebre discurso sobre Crimea del 18 de marzo de 2014 para referirse a la población rusa y rusófona residente en la península, entonces en territorio ucraniano, legitimando la necesidad de actuar en apoyo de las “aspiraciones del mundo ruso, de la Rusia histórica, representando la propia unidad”.<sup>44</sup>

Las presiones políticas de la Federación Rusa, que han tomado forma en el nivel propiamente ideológico, transmiten la reformulación y la apropiación política del “mundo ruso” como parte integrante del nuevo discurso nacional; han influido en modo significativo también el desarrollo del proceso de *nation-building* ucraniano. Como observó brillantemente el estudioso ucraniano Volodymyr Kulyk en 2014, la principal contradicción inherente al uso de estas categorías ideológicas fuera de los confines de Rusia reside en el hecho de que en el territorio ucraniano “muchas personas que son consideradas ucranianas hablan principalmente ruso o en que la mayor parte de las personas de lengua rusa se consideren ucranianas”.<sup>45</sup> Fundamentalmente, la paradoja gira en torno al hecho de que “una minoría rusa en Ucrania, vista como un grupo limitado y culturalmente distinto al interior de una población más amplia, es decir, en el modo en que se concibe típicamente una minoría étnica, no existe”.<sup>46</sup> También, en este caso, la paradoja

<sup>43</sup> Como se reporta en el sitio de la Fundación, en un discurso a la Asamblea Federal de 2007 ha expresado lo mismo Vladímir Putin al definir los confines de una “comunidad que va más allá de la Rusia misma” (cfr. <https://russkiymir.ru/en/fund/index.php> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022]).

<sup>44</sup> V. Putin, “Obraschenie prezidenta Rossiiskoi Federatsii”, *Prezident Rossii*, 18 de marzo de 2014, en: <http://kremlin.ru/events/president/news/20603> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

<sup>45</sup> V. Kulyk, “On National Unity and the Status of the Russian Language”, *Krytyka*, 12 de marzo de 2014, en: <http://krytyka.com/en/community/blogs/national-unity-and-status-russianlanguage> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

<sup>46</sup> E. Giuliano, “Is the Risk of Ethnic Conflict Growing in Ukraine? New Laws Could Create Dangerous Divisions”, *Foreign Affairs*, 18 de marzo de 2019, en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/ukraine/2019-03-18/risk-ethnic-conflict-growing-ukraine> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

identitaria de los “rusos de Ucrania”<sup>47</sup> puede ser interpretada como la enésima proyección ideológica de la “herencia soviética”, es decir, de aquel proceso que por una parte ha promovido el ruso como lengua de integración interétnica y, por otra, ha valorizado las lenguas nacionales como el estándar principal de autoidentificación nacional al interior de la URSS.<sup>48</sup> Si tenemos en mente que en el curso de su historia “el Estado soviético ha promovido un sistema de clasificación étnica basado en dos niveles”<sup>49</sup> —lo étnico/cultural/personal y lo territorial—, podríamos comprender cómo en el contexto ucraniano (y no solo en él) esta compleja herencia ha influido en los éxitos del proceso de redefinición de las prácticas de autoidentificación y lingüísticas en la era postsoviética.

También en el caso de la historia reciente de la Ucrania postsoviética, la élite política del país aún no ha abrazado claramente una interpretación cívica o étnica de la nación ucraniana, favoreciendo de este modo la emergencia de un verdadero conflicto identitario interno; paradójicamente, como advierte Kulyk,<sup>50</sup> esta desorientación de fondo ha sido ulteriormente facilitada por la abolición del registro de la nacionalidad en el pasaporte ucraniano. En los primeros años postsoviéticos, el proceso de reelaboración del pasado nacional reflejaba, por lo tanto, un gran nivel de conflicto interno. En el nuevo transcurso de la “nacionalización” de la historia ucraniana, como señala el historiador Gueorgui Kas’ianov, “1991 asume el rol del momento

<sup>47</sup> Según el último censo levantado en 2001, otros 130 grupos étnicos viven en el territorio ucraniano: entre estos, los ucranianos (77.8%) y los rusos (17.3%) son los más numerosos. La lengua oficial del país es el ucraniano (67.5 por ciento de los ciudadanos la ha señalado como su lengua materna), pero el ruso (29.6%) es hablado por gran parte de la población. La complejidad de los denominados “rusos de Ucrania” puede ser recolectada solo a partir de la combinación del criterio étnico con el lingüístico: mirando a Ucrania contemporánea a través de esta lente, obtendríamos tres grupos etnolingüísticos principales en el país, a saber, los ucranianos ucranianófonos, los ucranianos rusófonos y los rusos rusófonos (cfr. D. Arel, V. Khmel’ko V., “The Russian Factor and Territorial Polarization in Ukraine”, *The Harriman Review*, vol. 9, núm. 1-2, 1996, pp. 81-91).

<sup>48</sup> D.I. Kertzer y D. Arel, *Census and Identity: The Politics of Race, Ethnicity and Language in National Censuses*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

<sup>49</sup> Giuliano, *op. cit.*

<sup>50</sup> V. Kulyk, “Soviet Nationalities Policies and the Discrepancy between Ethnocultural Identification and Language Practice in Ukraine”, Conferencia en el Davis Center for Russian and Eurasian Studies, 24 de septiembre de 2012, en: [www.fas.harvard.edu/~postcomm/papers/2012-2013/Kulyk.docx](http://www.fas.harvard.edu/~postcomm/papers/2012-2013/Kulyk.docx), p. 14 [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

de retorno” para la legitimación de la recién adquirida soberanía territorial: más allá de establecer nuevas “concesiones territoriales y cronológicas de la nación ucraniana”, la nueva narración histórica debía ser funcional al reconocimiento de “la propiedad de la existencia de la nación [ucraniana] como sucesora legal tanto en la conciencia de sus ciudadanos como en la de sus vecinos”.<sup>51</sup> La promoción, por parte de la élite política e intelectual postsoviética, de una “narración de sufrimiento y martirio” de los ucranianos “bajo el dominio de la élite y de los Estados extranjeros”<sup>52</sup> parecía, sin embargo, excluir del nuevo canon de la historia ucraniana a “muchas personalidades [...] que no podían ser descritas adecuadamente como ucranianas, rusas, polacas o hebreas, pero que viven allí y cuyo rol histórico debía volverse a narrar en una clave multiétnica o transétnica”.<sup>53</sup>

Mientras algunos de los principales observadores internacionales podían resaltar cómo el nuevo proyecto de *state* y *nation-building* era principalmente “dejado al debate relativo a la modalidad a través de la cual esta identidad habría estado constituida y a la manera en que sus vecinos estarían siendo considerados como los ‘Otros’”,<sup>54</sup> en los albores de los años dos mil, era en particular la lengua la que representaba un aspecto importante para la creación de la distancia entre el “Sí mismo” y el “Otro”.<sup>55</sup> En este contexto en devenir, habíamos asistido a la formación de “ideologías lingüísticas”<sup>56</sup> dentro del debate intelectual y político nacional, que se han trazado desde los confines tradicionales entre dos discursos: el “rusófono” [que habla “ruso”] y el “ucranianófono” [que habla “ucraniano”].<sup>57</sup> Las líneas características de esta contraposición ideológica se han conformado sobre la base de las

<sup>51</sup> G. Kas'ianov [G. Kasianov], “Nationalized History: Past Continuous, Present Perfect, Future...”, en G. Kasianov y P. Ther (eds.), *A Laboratory of Transnational History: Ukraine and Recent Ukrainian Historiography*, Budapest-New York, CEU Press, 2009, pp. 7-23, p. 11.

<sup>52</sup> A. Kappeler, “From an Ethnonational to a Multiethnic to a Transnational Ukrainian History”, en G. Kasianov y P. Ther (eds.), *A Laboratory of Transnational History: Ukraine and Recent Ukrainian Historiography*, Budapest-New York, CEU Press, 2009, pp. 51-80, p. 57.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 63.

<sup>54</sup> T. Kuzio, “Identity and Nation-building in Ukraine: Defining the ‘Other’”, *Ethnicities*, núm. 1, 2001, pp. 343-365, p. 358.

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 348.

<sup>56</sup> V. Kulyk, “Iazykovye ideologii v ukrainskom politicheskom i intelektual'nom diskursaj”, *Otechestvennye Zapiski*, núm. 1, 2007, pp. 296-316.

<sup>57</sup> Véase la contribución de Naomi Caffee en este volumen para tener mayor claridad sobre el debate sobre la rusofonía. (N. de la T.)



respectivas orientaciones “en defensa de los intereses del grupo ‘propio’ a expensas de los intereses del ‘otro’”.<sup>58</sup> La inestabilidad política de Ucrania y los continuos cambios de liderazgo han hecho que estos intereses relativos a la supremacía cultural en el país hayan venido a sobreponerse a los intereses de las respectivas élites políticas y económicas,<sup>59</sup> que se han beneficiado del conflicto, principalmente, en la base regional —con la contraposición entre “dos Ucránias” ideales, es decir, entre un “Este rusófono” y un “Oeste ucranianófono”— y su escala internacional, proyectando el conflicto interno en una disputa entre dos perspectivas opuestas de integración: la “ucranianófono”, orientada al ideal “retorno a Europa” y la “rusófono”, orientada hacia la recuperación de la unidad con el “mundo ruso”.<sup>60</sup>

Por lo tanto, si las políticas culturales del país han sido generalmente “flexibles y graduales”,<sup>61</sup> ha sido, paradójicamente, después del así llamado ciclo revolucionario de 2005 (con la Revolución Naranja) y en 2014 (con la Revolución del Euromaidan) que, como ha subrayado Minakov,<sup>62</sup> “el espacio político ucraniano se ha sumergido en una situación conservadora”. Una vez privado de la posibilidad de una oposición real sobre la base de las diversas direcciones políticas, hoy el debate interno en Ucrania ha empezado a identificarse con el encuentro entre dos grupos etnolingüísticos. Esto sostiene “dos modelos diversos de conservadurismo”: mientras los ucranianófonos se han abocado principalmente a “preservar la “estatalidad nacional”, los rusófonos están en cambio “caracterizados por la ambición de

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 300.

<sup>59</sup> Cfr. T. Zhurzhenko, “Language Politics in Contemporary Ukraine: Nationalism and Identity Formation”, en A. Bove (ed.), *Questionable Returns, IMW Junior Visiting Fellows Conferences*, Vienna, vol. 12, núm. 2, 2002, en: <http://www.iwm.at/wp-content/uploads/jc-12-02.pdf> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022]; L.M. Bilaniuk, *Contested Tongues: Language Politics and Cultural Correction in Ukraine*, Ithaca, Cornell University Press, 2005; M. Moser, *Language Policy and the Discourse on Languages in Ukraine under President Viktor Yanukovych (25 February 2010-28 October 2012)*, Stuttgart, Ibidem Press, 2013.

<sup>60</sup> El paradigma de las “dos Ucránias” hace más profundas las propias raíces del debate intelectual de los años noventa, cuando Mykola Riabchuk comenzó a desarrollar este modelo de análisis para el modelo de las dinámicas del *nation-building* de la Ucrania postsoviética: M. Riabchuk [M. Ryabchuk], “Two Ukraines?”, *East European Reporter*, vol. 5, núm. 4, 1992, pp. 18-22; M. Riabchuk M., “Dvi Ukraïny”, *Krytyka*, vol. 5, núm. 10, 2001, pp. 10-13. [El lector puede también leer a Riabchuk en este volumen, N. de la T.]

<sup>61</sup> Giuliano, *op. cit.*

<sup>62</sup> Minakov, *op. cit.*, p. 61.



proteger la “conquista” soviética y superar la etnia”<sup>63</sup> como categoría fundacional del Estado ucraniano. El campo ideológico ha sido así de apropiado para diversos grupos financieros y políticos de base regional<sup>64</sup> para promover sus propias campañas políticas; como recuerda Zhurzhenko:<sup>65</sup> si, por un lado, podíamos afirmar que la Revolución Naranja había “abierto la caja de Pandora de la política identitaria y había hecho más profundas las fracturas regionales ucranianas”, por el otro, eso ha ocurrido porque durante la campaña política de Víktor Yúshenko, Nuestra Ucrania, se apropió y rehabilitó el nacionalismo ucraniano en su versión galitsiana esencialista en el Oeste del país, mientras que el Partido de la Región de Víktor Yanukóvich en la “fortaleza electoral de Donetsk y Lugansk ha recurrido a símbolos y narraciones neosoviéticas”.

En este contexto ideológico altamente polarizado, hasta 2014, la contraposición binaria ha sido usufructuada por los actores políticos como “instrumento para recabar fácilmente votos en las respectivas regiones, más o menos igualmente distribuidas”.<sup>66</sup> Si, por una parte, estas dinámicas han seguramente simplificado la complejidad del debate identitario relativo a la cuestión nacional ucraniana, por la otra, han regresado el rol de “medida de seguridad contra el autoritarismo”,<sup>67</sup> que en cambio ha tomado forma bajo el monopolio político e ideológico del *establishment* putiniano en Rusia: como ha evidenciado brillantemente Denys Gorbach:<sup>68</sup> “cada vez que una fuerza política ha estado cerca de consolidar su poder, la oposición ha movilizadofácilmente el apoyo de los electores promoviendo una identidad ‘diferente’”.

A la luz de los dramáticos eventos que han ocurrido en el país en 2014, con la anexión de Crimea a Rusia y el brote del conflicto en las autoproclamadas Repúblicas Populares de Donetsk y Lugansk, “el discurso popular

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 62.

<sup>64</sup> Cfr. M. Minakov, “Republic of Clans: The Evolution of the Ukrainian Political System”, en B. Magyar (ed.), *Stubborn Structures: Reconceptualizing Post-Communist Regimes*, Budapest-New York, CEU Press, 2019, pp. 246-287.

<sup>65</sup> Zhurzhenko, *A Divided Nation...*, p. 255.

<sup>66</sup> D. Gorbach, “Voting Hard: Ukraine Braces for a Fateful Presidential Election”, *Open Democracy*, 20 de marzo de 2019, en: <https://www.opendemocracy.net/en/odr/voting-hardukraine-braces-fateful-presidential-election/> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

<sup>67</sup> *Idem*.

<sup>68</sup> *Idem*.

sobre Ucrania vista como una ‘nación dividida’ parece asumir el semblante de una profecía que se ha autocumplido”.<sup>69</sup> Hoy, sin embargo, contemplamos solamente el juego de espejos y la reciprocidad de los procesos colocados por las respectivas élites políticas en Rusia y Ucrania en el transcurso de los años postsoviéticos que podían comprender la continuidad de una relación asimétrica que ha sido construida, por una parte, sobre la base de la precariedad estructural de la soberanía territorial ucraniana, y, por la otra, sobre la necesidad de Rusia de controlar Ucrania para “reafirmar el propio estatus de potencia, por lo menos, regional”, así como “componente importante de la identidad nacional”<sup>70</sup> y territorial (re)construida en la era postsoviética.

#### MÁS ALLÁ DE LA “CRISIS UCRANIANA”

Los eventos de 2014 han marcado inevitablemente la ruptura de las relaciones internacionales entre Rusia y Ucrania, invirtiendo de forma inédita las dinámicas de interdependencia en el desarrollo de larga duración en la era postsoviética. Para aquel que revisa las perspectivas de integración regional es indudable que dos diferentes vectores de evolución histórica están, hoy, en fase de conformación. Con la elección de Petró Poroshenko (2014-2019) para la presidencia de Ucrania, el 25 de mayo de 2014, ambos países han estado envueltos en un proceso de reconfiguración de su pensamiento en el escenario internacional: en un clima de tensión con los socios occidentales, producto de las sanciones económicas y diplomáticas,<sup>71</sup> la Federación Rusa de Putin ha dado seguimiento a sus proyectos de integración del espacio postsoviético, bajo la forma del Tratado de Fundación de la Unión Económica Eurasiática, el 29 de mayo del mismo año —ya con los ingresos forzados desde enero de 2015— por parte de los líderes de Bielorrusia, Kazajistán y Rusia, a los cuales se han sumado Armenia y Kirguistán a finales de 2014; Ucrania ha optado definitivamente por el vector de integración europea, firmando el Acuerdo de Asociación con la UE en junio de 2014 —que entró en vigor en septiembre de 2017—, disfrutando de un nuevo régimen de liberalización de las visas para los ciuda-

<sup>69</sup> Zhurzhenko, *A Divided Nation...*, p. 249.

<sup>70</sup> Privitera, *op. cit.*, p. 27.

<sup>71</sup> Cfr. Puleri, “Engaging with European...”

danos ucranianos desde mayo de 2017. Aunque las relaciones económicas entre los dos países están claramente colapsadas: Ucrania ha diversificado el propio suministro energético mediante nuevas relaciones comerciales con los países de la UE y Rusia ha disminuido drásticamente las importaciones de mercancías y productos ucranianos.<sup>72</sup> Finalmente, hasta hoy las únicas plataformas diplomáticas útiles al diálogo entre Rusia y Ucrania son aquellas garantizadas por la comunidad internacional después del estallido de la guerra en el Dombás entre abril y mayo de 2014: en cumbres que periódicamente se han celebrado entre junio de 2014 —con una larga (y sintomática) pausa entre octubre de 2016 y diciembre de 2019— en el así llamado Formato Normandía, con la presencia de los líderes de Alemania, Francia, Rusia y Ucrania; y las reuniones del Grupo de Contacto Trilateral sobre Ucrania, con la participación de diplomáticos ucranianos y rusos y representantes de la OSCE, culminadas con la formación del Protocolo de Minsk en septiembre de 2014 —fue objeto de revisiones en febrero de 2015 con la presencia de los líderes del Formato de Normandía— y ha proseguido en el transcurso de los años sucesivos.

Más aún, en el curso de la denominada “era del pos-Maidan”, a la dura confrontación política y militar entre Rusia y Ucrania le ha seguido, emblemáticamente, un empeño ideológico común por la definición de un nuevo “retorno patriótico” en las políticas internas del *nation building* en tiempos de guerra. No es casualidad que el sociólogo ucraniano Yevhen Holovacha, en 2017, hubiera puesto en evidencia la “situación paradójica”<sup>73</sup> determinada por la búsqueda simétrica de “vínculos espirituales” (*dujovni skripy*, en ucraniano; *dujovnye skrepy*, en ruso) tanto en Ucrania como en Rusia: en este caso la referencia es a los así llamados “valores tradicionales” promovidos por Rusia al inicio del tercer mandato putiniano (2012-2018) en oposición a los valores de la Europa liberal,<sup>74</sup> y reaparecida en Ucrania en clave

<sup>72</sup> Cfr. Dragneva y Wolczuk, “Between Dependence...”

<sup>73</sup> O. Iajno y S. Hruzdiev, “Socioloh Yevhen Holovaja: Divchynka Maia – tse nasha ukrains’ka “Matil’da””, *Glavcom.ua*, 22 de septiembre de 2017, en: <http://glavcom.ua/interviews/sociologjevgen-golovaha-divchinka-mayya-ce-nasha-ukrajinska-matilda-438930.html> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

<sup>74</sup> Cfr. M. Puleri, “In Search of “New Roots”: Towards a Situational Ideology in Putin’s Russia”, en S. Bianchini y A. Fiori (eds.), *Rekindling the Strong State in Russia and China: Domestic Dynamics and Foreign Policy Projections*, Leiden-Boston, Brill, 2020, pp. 17-39.

etnocéntrica bajo la presidencia de Poroshenko para sostener la unidad del país al prolongarse, después, la guerra del Dombás.<sup>75</sup>

Fundamentalmente, es solo a través de un análisis atento de los recientes desarrollos políticos, después de las elecciones presidenciales celebradas en Rusia y en Ucrania, respectivamente, en marzo de 2018 y en abril de 2019, que podríamos acercarnos a comprender la probable evolución de las líneas trazadas del proceso de reconfiguración interna que ha seguido adelante en los dos países en el transcurso de los últimos cinco años de parálisis diplomática.

En el caso de la Federación Rusa y, a primera vista, la excepcional victoria de Putin con 76.69 por ciento de las preferencias,<sup>76</sup> puede ser leída como una verdadera legitimación interna de la Rusia post-Crimea o como la confirmación de un consenso difuso en torno al proceso de reconfiguración del aparato ideológico ruso y el renovado estatus de potencia internacional. Más aún, como evidenciaba lúcidamente pocos días después de las elecciones Dmitri Trenin<sup>77</sup> en su artículo intitulado *Russia and Ukraine: from Brothers to Neighbors* (“Rusia y Ucrania: de hermanos a vecinos”), esta visión parece ser reduccionista, y emerge de una lectura unívoca de los resultados de la crisis ucraniana, que son solamente interpretados bajo la luz del “acto de liberación final” de Ucrania “de la Rusia imperial”, mientras que “el significado del efecto opuesto, es decir, de una Rusia que finalmente rastree los confines entre sí misma y Ucrania, a menudo ignorados”. Desde esta perspectiva, el politólogo sugería leer la crisis ucraniana como una lección importante para la élite rusa en las futuras relaciones con los “vecinos” postsoviéticos, interpretando la legitimación del Estado y de la nación ucraniana como un factor que probablemente “facilitará la transición de Rusia de su condición posimperial y la formación de una nación política rusa”,<sup>78</sup> y que la larga

<sup>75</sup> Cfr. M. Puleri, “Values for the Sake of the (Post-Soviet) Nation: Patriotism(s) and the Search for the ‘True’ Self in Ukraine”, *Southeastern Europe*, vol. 43, núm. 3, 2018, pp. 350-375.

<sup>76</sup> Cfr. Central Electoral Commission of the Russian Federation, “Results of Russian Presidential Elections”, 23 de marzo de 2018, en <http://www.cikrf.ru/eng/information-center/results-of-russian-presidential-elections-2018.php> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

<sup>77</sup> D. Trenin, “Russia and Ukraine: From Brothers to Neighbors”, *Carnegie Moscow Center*, 21 de marzo de 2018, en: <https://carnegie.ru/commentary/75847> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

<sup>78</sup> *Idem*.

duración pueda traer un acercamiento entre los dos vectores —ahora divergentes— de evolución histórica.

En el caso de Ucrania, la situación parece ser más compleja, porque está caracterizada por un alto nivel de competencia política interna. Si, por una parte, en este punto es un dato *de facto* que los cambios ocurridos en el curso de la denominada “crisis ucraniana” nos habían debilitado significativamente el tejido social del país, consolidando la propuesta del nuevo proyecto nacional promovido “desde las bases” durante la revolución de *Maidan Nezalezhnosti*,<sup>79</sup> por la otra, el presidente ucraniano Petró Poroshenko, que había sostenido abiertamente una idea cívica de la nación ucraniana en las elecciones presidenciales de 2014, ha pasado a una visión más conservadora en su campaña electoral de 2019, conduciendo su “mensaje antirruso mediante una idea de identidad nacional que incorporaba elementos de la etnia ucraniana”.<sup>80</sup> Si esta impostación ideológica le ha permitido obtener el consenso necesario en las regiones occidentales, útil para acceder a un segundo turno, su rival político, el actor televisivo Volodímir Zelenski ha logrado obtener una victoria abrumadora en todas las regiones —con 73.22 por ciento del consenso<sup>81</sup> al segundo turno— mediante una retórica antisistema que no

<sup>79</sup> Como atestiguan los resultados de los índices sociológicos producidos entre 2012 y 2015 por uno de los mayores centros de investigación del país, el Instituto Internacional de Sociología de Kyiv (KIIS), la anexión de Crimea a Rusia y la guerra en el Dombás han cimentado, paradójicamente, un sentido de solidaridad entre los diversos grupos étnoculturales y ha favorecido la consolidación de una identidad ucraniana en un sentido cívico (cfr. V. Kulyk, “National Identity in Ukraine: Impact of Euromaidan and the War”, *Europe-Asia Studies*, vol. 68, núm. 4, 2016, pp. 588-608), en detrimento de otras identificaciones a nivel regional o local (cfr. N. Bureiko y T.L Moga, “The Ukrainian-Russian Linguistic Dyad and its Impact on National Identity in Ukraine”, *Europe-Asia Studies*, vol. 71, núm. 1, 2019, pp. 137-155).

<sup>80</sup> Giuliano, *op. cit.* Paradójicamente, en su campaña electoral, Poroshenko, en línea de continuidad con el pasado reciente, ha recreado “una imagen especular de la propaganda rusa en territorio ucraniano”. Como ha señalado Konstantin Skorkin, si, por un lado, en el discurso político ruso, “el Kremlin no combate ni con Ucrania ni tampoco con Poroshenko”, sino con el Occidente, del mismo modo, por el otro, “Poroshenko convence a los electores que en esta ronda electoral se oponen al verdadero enemigo: Vladímir Putin” (K. Skorkin, “Reanimatsiia konflikta. Kakim budet vtoroi tur ukrainskij vyborov”, *Moskovskii tseñtr Karnegi*, 1 de abril de 2019, en: <https://carnegie.ru/commentary/78731>) [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

<sup>81</sup> Tsentral’na vyborcha komisiia, “Protokol tsentral’noi vyborchoi komisiï pro rezul’taty povtornoho golosuvannia z vybori v prezidenta Ukraïny”, 30 de abril de 2019, en: [https://www.cvk.gov.ua/wp-content/uploads/2019/11/vpu\\_2019\\_protokol\\_cvk\\_30042019.pdf](https://www.cvk.gov.ua/wp-content/uploads/2019/11/vpu_2019_protokol_cvk_30042019.pdf) [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

tomaba abiertamente posiciones radicales para la política identitaria del país. A la luz de estos resultados —seguidos en julio de 2019 por otra aplastante reafirmación del partido de Zelenski, Servidor del Pueblo, que ha obtenido la mayoría absoluta en las elecciones parlamentarias— el nuevo vector de evolución histórica postsoviética” puesta en marcha en Ucrania parece ahora a la espera de identificar una aproximación ideológica e identitaria más pragmática y menos polarizante de aquello propuesto durante la presidencia de Poroshenko.<sup>82</sup> Después de su elección, en abril de 2019, no fue casual que el nuevo presidente ucraniano fuera apoyado abiertamente por los otros Estados postsoviéticos, sosteniendo que, a la luz del ejemplo ucraniano, “todo es ahora posible”.<sup>83</sup> Mirando el potencial desarrollo para la región entera, como ha subrayado Peter Pomerantsev,<sup>84</sup> la paradoja de las elecciones ucranianas radica en el hecho de que el nuevo modelo encarnado por Zelenski abre el campo “a las personas que se sienten ahora vecinas a la cultura soviética y popular rusa para convertirse políticamente en europeas”:

Este proceso puede perturbar los colores que han arriesgado, sacrificado y apuntado mucho sobre el proyecto de liberación nacional ucraniana en el curso del siglo. Pero puede también ser un proyecto potencialmente subversivo para el modelo cultural del mundo ruso sostenido por Putin: abre un campo en el que es posible tomar las asociaciones positivas de la cultura soviética e infundirlas con un deseo de democracia.<sup>85</sup>

Propiamente, este proceso, desde otro ángulo, parece poder traer, de manera paradójica, una nueva dirección común para la evolución histórica

<sup>82</sup> En ese sentido se puede leer el valor profético de las observaciones de Tatiana Zhurzhenko del 2014: “Mientras cuestiones polarizantes como la memoria histórica deberían ser abordadas aparte, en cambio, es la fuerte demanda popular de comenzar una reforma y las políticas necesarias para contrastar la corrupción en favor de la paz y la estabilidad en todas las regiones de Ucrania que puedan conducir a una agenda unificadora para el país” (Zhurzhenko, “A Divided Nation...”, p. 265).

<sup>83</sup> Interfax Ukraine, “Zelensky to All States of Former USSR: Look at Us, Everything is Possible”, 21 de abril de 2019, en: <https://en.interfax.com.ua/news/general/582660.html> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

<sup>84</sup> P. Pomerantsev, “Zelensky, the Post-Soviet Man”, *The American Interest*, 6 de mayo de 2019, en: <https://www.the-american-interest.com/2019/05/06/zelensky-the-post-sovietman/?fbclid=IwAR17hKX4lCPfq1g7cXymvL08F2Z45YVCCsuw5JhjZARa51a1vhfbfmIv2I> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

<sup>85</sup> *Idem*.

postsoviética, en la cual se puedan reconciliar las perspectivas de integración europea con una vecindad de la herencia cultural soviética y rusa. Es a la luz de este potencial desarrollo que las relaciones ruso-ucranianas en el futuro próximo que “Zelenski puede ser un adversario menos conveniente”<sup>86</sup> para el liderazgo ruso.<sup>87</sup>

Es indudable que los eventos que ha dejado la “crisis ucraniana” han provocado la nueva fractura al interior del espacio postsoviético, donde la hegemonía rusa en la región es ahora objeto de discusiones no solo en Ucrania, sino también entre los aliados de larga duración como Bielorrusia y Kazajistán.<sup>88</sup> Solo recientemente —y después de un largo silencio guardado entre 2016 y 2019, durante la presidencia de Poroshenko— se ha reanuda-

<sup>86</sup> A. Baunov, “Putin Should Fear Ukraine’s Russia-Friendly Front-Runner”, *Foreign Policy*, 18 de junio de 2019, en: <https://foreignpolicy.com/2019/04/18/putin-should-fear-ukraines-russia-friendly-front-runner-zelensky/> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022].

<sup>87</sup> Sería propiamente que, a la luz de estos temores, a una semana del éxito de las elecciones ucranianas, el presidente ruso Vladímir Putin haya reafirmado la idea de que “los ucranianos y los rusos son naciones fraternas” (K. Bulanov, “Putin prokomentiroval plany Zelenskogo vydavat’ ukrainskie pasporta rossiiianam”, *Vedomosti*, 29 de abril de 2019, en: <https://www.vedomosti.ru/politics/articles/2019/04/29/800471-putin-zelenskogo> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022]), y ha firmado un decreto que instituye un procedimiento simplificado para obtener la ciudadanía rusa enfocada a los residentes de las regiones de Donetsk y Lugansk. Comentando esta medida, Zelenski ha descrito sarcásticamente a la ciudadanía rusa como “el derecho de ser arrestado por protestar pacíficamente” y “de olvidar por completo la existencia de los derechos humanos universales y de la libertad” (A. Del’finov, “Zelens’kii schitaet, chto pasporta RF ne zainteressuiut ukrainitsev”, *Deutsche Welle*, 27 de abril de 2019, en: <https://p.dw.com/p/3HZLe?maca=ru> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022]) apostando significativamente el acento sobre el precario estado de la democracia en Rusia.

<sup>88</sup> Las recientes especulaciones en torno a los complejos tratos entre Vladímir Putin y el presidente bielorruso Aleksandr Lukashenko hacia una mayor integración de los dos países al interior de la Unión Estatal de Rusia y Bielorrusa, lanzada en 1999, han traído nuevas protestas en Minsk en diciembre de 2019, en oposición a la potencial pérdida de la plena soberanía territorial de Bielorrusia (M. Samorukov, “Is the Kremlin Finally Ready to Play Hardball with Belarus?”, *Carnegie Moscow Center*, 11 de diciembre de 2019, en: <https://carnegie.ru/commentary/80553> [fecha de consulta: 2 de octubre de 2022]). En Kazajistán, país que hospeda a una de las mayores comunidades rusas en el espacio postsoviético, el entonces presidente Nursultan Nazarbaev (1990-2019) reconoció la anexión de Crimea a Rusia en 2014, pero también mostró apertura a una mayor diversificación de las relaciones diplomáticas y comerciales con China y la UE, firmando con esta última un acuerdo de camaradería y cooperación (*Enhanced Partnership and Cooperation Agreement*, EPCA) en diciembre de 2015 —como, por otro lado, han hecho otros países miembros de la Unión Económica Eurasiática entre 2017 (Armenia, *Comprehensive and Enhanced Partnership Agreement*, CEPA) y 2019 (Kirguistán, EPCA).

do el diálogo entre Rusia y Ucrania en virtud de la resolución del conflicto del Dombás, con dos intercambios de prisioneros acordados en septiembre y diciembre de 2019, y la firma de un protocolo destinado al tránsito del gas ruso por el territorio ucraniano. Los próximos desarrollos de los dos vectores divergentes de evolución histórica postsoviética dependerán mucho, probablemente, de la capacidad de los dos actores geopolíticos de crear un nuevo modelo de relaciones, en particular, a la luz del hecho de que hoy “ninguna de las naciones postsoviéticas puede existir como lo hacía antes de la anexión de Crimea y de la guerra del Dombás”.<sup>89</sup> ❧

<sup>89</sup> Minakov, *Development and Dystopia...*, p. 263.